TIERRA Y MAR, ELEMENTOS DE POLITICA MUNDIAL

POR

CARL SCHMITT

En el comienzo del verano de 1812 entraba Napoleón en Rusia. Por el mismo tiempo Goethe, admirador de Napoleón, escribía un himno a la Emperatriz francesa María-Luisa, mujer de éste. El gran poeta alemán estaba bajo la impresión de los acontecimientos de entonces y veía en la guerra que Napoleón llevaba contra Inglaterra y sus aliados un combate con los elementos, una contienda entre tierra y mar. Bajo este aspecto, dice en su himno:

Das Kleinliche ist alles weggeronnen,
Nur Meer und Erde haben hier Gewicht (1).

Hemos de recordar de nuevo estos versos en los días del Pacto del Atlántico. Hoy, aun más que en tiempos de Napoleón, están mar y tierra enfrentados. En el Pacto del Atlántico se oponen al espacio del Océano Atlántico las tierras de un espacio ruso-asiático. La oposición entre tierra y mar se ma-

(1) Todo lo pequeño está borrado,
sólo mar y tierra tienen hoy poder.

nifestó aquí con la simplicidad de las fuerzas elementales. La Historia Universal es sumamente compleja y sus frentes se construyen con arreglo a motivos y puntos de vista distintos. Aquí no hay ni formas ni patrones. En la Historia Universal intervienen los factores más diversos: religión y cultura, sistemas económicos, Estados y pueblos, clases y razas, grandes personalidades y minorías que cambian. Se entrecruzan las formaciones y productos más heterogéneos. Hay, consecuentemente, muchas maneras de guerra: guerras de religión, guerras económicas, guerras dinásticas, guerras de unión y sucesión, etc. Pero en todos los grandes momentos de la Historia se muestran las últimas fuerzas elementales de tierra y mar. La división de estos elementos nos subyuga. Siempre que la Historia Universal alcanza el punto de mayor tensión, están contrapuestos uno respecto de otro ambos elementos, tierra y mar, como las fuerzas primigenias del acontecer.

Grandes historiadores han construído la Historia Universal desde el punto de vista de la oposición entre tierra y mar. El almirante francés Castex ha publicado una gran obra con el título de *La mer contre la terre*. Pero Castex está aún demasiado influído por la impresión de la historia europea de los últimos trescientos años, es decir, bajo la impresión del hecho de que Inglaterra, la entonces señora del mar, ha triunfado de sus rivales del continente europeo—España, Francia, Alemania—, uno detrás del otro. El almirante americano Maham ve ya la cuestión desde horizontes más amplios, supraeuropeos. Para él está claro que el dominio de los mares sólo puede ser mantenido por una isla, pero que Inglaterra, por causa de la evolución moderna, ha empequeñecido en demasía. Son ahora los Estados Unidos de América los que deben representar la mayor isla de nuestro tiempo, que asuma las anteriores relaciones entre tierra y mar para garantía de una paz anglosajona de la Tierra. Aún es más importante para nosotros la doctrina de un gran geógrafo inglés, MacInder, quien considera la totalidad de la tierra como una gran isla, y para quien

los ingentes bloques del continente asiático representan las islas del mundo. También él construye la Historia Universal como una oposición entre tierra y mar. Las poblaciones de la gran isla del mundo, de la masa del continente asiático, que se extiende, según este autor, hasta el Elba, inundan en sucesivas oleadas los pueblos costeros de los océanos, los peculiares portadores de la civilización y la paz universal. Un preeminente internacionalista español, Camilo Barcia Trelles, ha publicado no hace mucho una importante obra sobre el Pacto del Atlántico. El autor señala el hecho asombroso de que en este caso la mar y la tierra se contraponen recíprocamente en proporciones planetarias, utilizando este hecho para demostrar numerosas contradicciones de la política norteamericana, que sigue oscilando entre un aislacionismo tradicional y un intervencionismo mundial. La tradición de los Estados Unidos de América, que se ha documentado en el aislacionismo de la doctrina de Monroe, es en el fondo una antitradición, y no una imagen del mundo que pudiera ponerse de fundamento a una política mundial consecuente. El libro de Barcia Trelles es una de las más importantes contribuciones al gran tema de la política mundial de hoy. La consciencia de la gran contraposición de los elementos da a este libro su dramática actualidad.

Ya en el año de 1912 había publicado un escritor norteamericano, Homer Lea, un libro con el título *The Day of the Saxon*, un libro de pronósticos asombrosos, en el cual, por ejemplo, Pearl Harbour estaba exactamente previsto. Hace notar especialmente que el problema del espacio marítimo del Pacífico no puede ser aislado del problema del espacio marítimo atlántico. La Tierra es hoy—como Homer Lea dice—infinitamente más pequeña que la torre de Babel. Entonces, 1912, cuando tales frases fueron escritas, reducíase aún la Historia Universal a la oposición de los elementos y a la simple antítesis de tierra y mar. No existían a la sazón ni la aviación moderna ni los modernos medios de destrucción de la

bomba atómica, la de hidrógeno u otras, de que la moderna ciencia de la Naturaleza provee a los detentadores del terrenal poder. Hasta la primera guerra mundial no tuvieron los dos nuevos elementos, aire y fuego, actualidad política mundial. Hoy intervienen de diferentes maneras en la guerra, no sólo como dos nuevas dimensiones añadidas a los dos viejos modos de guerrear, sino como una transformación de la guerra en total, por la cual se ha hecho problemática la distinción, hasta ahora válida, entre guerra marítima y guerra terrestre. En esta distinción descansaba hasta ahora el derecho internacional. Hasta hoy, es decir, hasta las dos últimas guerras mundiales, se podían distinguir guerra terrestre y guerra marítima según sus diferentes escenarios bélicos. Se tenía la imagen de un acontecer sin ambigüedades y por ello se hablaba de un escenario bélico, de un «théâtre de guerre», el cual se desarrollaba ante cualquier espectador como en un escenario. Guerra marítima y guerra terrestre eran objeto de una clara diferenciación. Cada una de estas dos maneras de guerrear tenía sus propios conceptos respecto de su teatro de guerra, del enemigo y del botín. Pero la moderna guerra aérea no tiene ningún espacio propio ni tampoco un escenario propiamente dicho. No se comporta como si todo lo que antes ocurría en la guerra marítima y en la guerra terrestre se repitiese ahora, sólo que, simplemente, en una tercera dimensión, el aire. Más bien falta a la guerra aérea propiamente dicha la idea de un escenario y de un espectador. Un espectador en la guerra aérea es inimaginable, pues un observador que mirase con fijeza, la cabeza en la nuca, hacia arriba, desde el suelo o desde la superficie del mar, mientras la aviación realiza su monstruosa acción de arriba abajo, no podría llamarse propiamente espectador. No se puede ya hablar aquí de un escenario y teatro de la guerra. La guerra aérea es pura guerra de exterminio, y la guerra con los medios técnicos modernos lo es aún mucho más. Ahora parecen concitarse los

cuatro elementos—fuego, agua, aire y tierra—en una mezcla explosiva.

Frente a esta temible elementalidad de la moderna guerra de exterminio son posibles dos posturas distintas. Según una concepción optimista de la técnica moderna, el desarrollo técnico, el poder del hombre sobre la naturaleza y los elementos aumentarán ininterrumpidamente. La tierra, que ya se había hecho, sin necesidad de esto, muy pequeña, se hará aún más; la unidad y la paz de la tierra se convierten en un problema que la técnica moderna resolverá jugando. La oposición entre tierra y mar está superada, y también la oposición de los elementos. Muchos hombres creen hoy que es posible dominar a la tierra y el mar desde el aire. El aire—se ha dicho—ha devorado la tierra y el mar. Para esta visión del mundo, la Tierra no significa ya más que el suelo natural sobre el cual se mueve el hombre y en el cual encuentra habitación y alimento. Nuestro planeta se convierte en un mero aeródromo para la navegación aérea o en una simple mina de uranio u otros materiales, de los cuales necesita la moderna industria de guerra. Hay ya en este campo fantásticas elucubraciones. El hombre, criatura extremadamente débil en el aspecto biológico, se ha creado con ayuda de la técnica un nuevo mundo, en el cual el hombre es el ser más fuerte e incluso el único. Quizá descubra este hombre desde su viejo planeta nuevos mundos de los cuales hoy nadie presiente nada, de análoga manera a como Cristóbal Colón descubrió uno nuevo buscando las viejas Indias.

La otra postura posible se apoya en la visión de los límites del poder humano y de la moderna técnica. Del monstruoso aumento de la técnica moderna no se sigue en ningún caso que ya no importen la naturaleza y los viejos elementos. El hombre no puede saltar la barrera de su modo de ser físico, psicológico y espiritual; esto sería fantástico y utópico. El hombre sigue siendo aquello que la Biblia le llamó: un hijo de la Tierra. Permanece ligado a su terrenal naturaleza, esto

es, a su cárcel de barro, y éste sigue siendo parte de los viejos elementos. También frente a los medios de destrucción de la moderna ciencia natural se conservarán los viejos elementos con nuevas posibilidades. Ellos encontrarán fuerzas siempre renovadas con que vengarse del hombre que cree superar los límites de su propia naturaleza con medios técnicos. Las respuestas contradictorias que hoy se den a la pregunta sobre la unidad de la tierra descansan en la oposición entre estas distintas posturas acerca del problema de la técnica.